



GEORGE  
PROCHNIK

EL EXILIO **IMPOSIBLE**

STEFAN ZWEIG  
EN EL FIN  
DEL MUNDO

*Ariel*

George Prochnik

# El exilio imposible

Stefan Zweig en el fin del mundo

Traducción de Ana Herrera Ferrer

*Ariel*

Título original: *The Impossible Exile: Stefan Zweig at the End of the World*

Editado originalmente por Other Press

1.<sup>a</sup> edición: octubre de 2014

© 2014, George Prochnik

© 2014, de la traducción Ana Herrera Ferrer

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo  
y propiedad de la traducción:

© 2014: Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN 978-84-344-1874-5

Depósito legal: B. 16.460 - 2014

Impreso en España por Reinbook

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

<i>Introducción</i> . . . . .	13
CAPÍTULO 1	
De Odiseo a Edipo . . . . .	41
CAPÍTULO 2	
Los ladrones y el puente . . . . .	67
CAPÍTULO 3	
La gente del libro. . . . .	97
CAPÍTULO 4	
Útero viajero . . . . .	131
CAPÍTULO 5	
La reunión . . . . .	157
CAPÍTULO 6	
¡Al café! . . . . .	183
CAPÍTULO 7	
Ruleta global . . . . .	213
CAPÍTULO 8	
Deudas educativas . . . . .	241

CAPÍTULO 9	
El otro lado . . . . .	269
CAPÍTULO 10	
Jardines en tiempos de guerra . . . . .	285
CAPÍTULO 11	
El exilio arcádico . . . . .	311
CAPÍTULO 12	
Refugio . . . . .	335
<i>Epílogo</i> . . . . .	367
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	385
<i>Notas finales</i> . . . . .	389
<i>Fotos y créditos</i> . . . . .	411

## Capítulo 1

### De Odiseo a Edipo

Tras el atardecer, el 4 de junio de 1941, una considerable multitud de refugiados europeos de todas las clases sociales se acercaron al Wyndham Hotel de Manhattan, en el centro, para un acontecimiento nunca visto: Stefan Zweig daba una fiesta. Era la primera gran reunión que había convocado desde que abandonó su hogar y a su primera mujer, Friderike, en Salzburgo, siete años antes. Ni siquiera en Austria habría podido dar una fiesta como aquella, ya que en el Wyndham abrió sus puertas a los exiliados, llamando simplemente a todos los refugiados que conocía. Klaus Mann salió de la casa en Brooklyn Heights que compartía con W.H. Auden y Gypsy Lee Rose, entre otros, para la ocasión. Hermann Broch, cuya salud incierta no menguaba su apetito por ver a los amigos, quizá cogiera el tren desde Princeton. El novelista y biógrafo alemán Hermann Kesten, junto con Jules Romains, presidente del PEN Internacional, estaban presentes casi con toda seguridad. Friderike Zweig, con la cual Stefan todavía tenía relación, estaba invitada.

Al ver llegar al hotel todos esos hombres y mujeres (muchos de los cuales eran por aquel entonces completos indigentes, y la mayoría de ellos habían sufrido unas calamidades mucho más graves que Zweig antes de llegar a América) quizá se levantaran unas cuantas cejas en torno

a Park Avenue, al este del Wyndham. Como escribió un sociólogo exiliado no mucho después de aquel acto social: «Un refugiado es una novedad, diez refugiados es un aburrimiento, y cien refugiados es una amenaza».

Después de volver a Manhattan a finales de enero de un ciclo de conferencias por Sudamérica, Zweig había hecho todo lo posible para evitar a la enorme multitud de conocidos que habían acabado en la ciudad. A lo largo de todo el invierno llevó lo que él consideraba una vida de ermitaño. Limitaba sus energías sociales sobre todo a Alfred, su hermano mayor, que había llevado los intereses textiles de la familia en Europa, y que consiguió transferir los fondos suficientes antes del ascenso de Hitler para instalarse cómodamente en el Upper East Side, a Ben Huebsch, su fiel editor en Viking Press, a la adorada sobrina de Lotte de doce años, Eva, que había sido evacuada a Estados Unidos para huir del Blitz, y a la cual servían de tutores los Zweig, y a Friderike. Pero en primavera, las barreras que había intentado erigir contra la gran comunidad de los emigrados empezaron a desmoronarse, y se puso muy nervioso.

En sus cartas desde Nueva York el tema que aparece con mayor frecuencia es la sensación de verse asfixiado por las necesidades de sus compañeros refugiados. «Me fatiga mucho ver a cinco o seis personas cada día», se quejaba. «El teléfono suena desde primera hora hasta tarde por la noche... Ahora conozco a 200 o 300 personas en Nueva York; todas ellas se sentirían heridas si no fuera a visitarlas.» Peor aún, temía Zweig, no había adquirido la astuta habilidad de Thomas Mann de economizar su tiempo. «Se libra de todas las visitas en menos de una hora. Todas las que vienen a verme a mí se quedan al menos tres horas».

Seguramente no fueron solo sus vecinos los que se sintieron inquietos por aquella reunión. Muchos de los propios huéspedes, sabiendo que Zweig ahora llevaba

una vida recluida, debían de preguntarse qué estaban haciendo allí. ¿Tendría que anunciar algo sonado Zweig? ¿Iba a hablar por fin de los sufrimientos de los judíos europeos, y llamaría a la acción militar, como esperaban que hiciese sus compañeros refugiados? Un invitado tras otro pasaban por el pequeño vestíbulo del hotel y subían por el ascensor para llamar a la puerta de Zweig. Se apretujaban todos entre la multitud en su suite de dos habitaciones, sorprendentemente modesta. Veían por las ventanas lo que Zweig llamó una vez las «mil millones de estrellas artificiales» de Manhattan, dispuestas en rascacielos que parecían «pulpa de piedra acabada en punta». Charlaban. Bebían *schnapps*. Comían aperitivos. Miraban a su alrededor y esperaban a ver qué más había.

Los amigos más íntimos quizá se sintieran decepcionados al encontrar tan pocas pruebas de la supuesta riqueza de Zweig en las habitaciones de hotel que tenía en Nueva York. Aquellos que le conocían mejor se darían cuenta de que ya se había deshecho de toda su colección de cientos de valiosos manuscritos originales excepto un diminuto portafolio, junto con prácticamente toda su biblioteca de 10.000 volúmenes. Pero lo que se conservaba y se llevaba en todos sus viajes era revelador. Gran parte de los tesoros que le quedaban eran partituras musicales, incluyendo varias piezas de Mozart, *Kurz ist der schmerz* (Breve es el dolor) de Beethoven, una obra de Handel y otra de Schubert. Coleccionaba prácticamente solo música a mediados de los años treinta, y cuando le dijo a un corresponsal en 1937 que el verdadero fundamento de su ser residía en el arte, era la música lo que ocupaba sus pensamientos como medio mejor para superar las penas que dividen a la humanidad, formando una solidaridad del espíritu.

Tal fe rememora la convicción vienesa profundamente arraigada de que la gracia especial de la ciudad residía en su capacidad de mezclar las tradiciones sensuales de la

gente con sus elevados anhelos estéticos. Viena, ciudad en la que creían los devotos soñadores, había encontrado una forma evidente de amasar el espíritu y convertirlo en materia, y de unir a distintos sectores de la sociedad. En un ensayo que escribió sobre Zweig, Klaus Mann decía que en la Viena de Zweig, «el barón y el cochero de *fiaker* se comprendían el uno al otro; tenían el mismo vocabulario y las mismas ideas, en gran medida». Cuando le conoció en 1930, Zweig habló al poeta de clase trabajadora Walter Bauer de su creencia de que la vida del espíritu estaba enraizada en las masas incapaces de expresarse, que constituían la profundidad de la cual finalmente acabaría por surgir la ilustración. La misma fe explica por qué Zweig había atesorado sobre todo en su colección aquellos manuscritos más trabajados, emborronados y manchados, que mostraban los esfuerzos de su autor por extraer lo sublime de lo corpóreo en su tono más tormentoso.

El tintero divino había caído sobre Viena. Las huellas dactilares de los ángeles manchaban el aire. En ningún lugar mejor que en el interior de la espaciosa Opera House, donde, según recordaba Zweig en sus memorias, la reverencia que sintió «al pisar aquel escenario excedía la de Virgilio cuando subía a los sagrados círculos del paraíso».

Algunos de los amigos de Zweig estaban convencidos de que el amor a la música pudo ser su salvación si se hubiera dedicado a ella de una manera más activa. Madame Gisella Selden-Goth, una musicóloga con la cual Zweig mantuvo una vivaz correspondencia a lo largo de sus años de exilio, declaraba que si en Petrópolis Zweig hubiera podido tener un «conjunto de música de cámara tocando en su propio hogar, o la oportunidad de oír de vez en cuando a una orquesta dirigida por uno de sus amigos directores», habría podido soportar su visión agónica del futuro de la humanidad y su destino personal. La imagen de un conjunto de música de cámara terapéutico metido

en el pequeño bungalow de montaña, al borde de una densa selva brasileña, en 1942, es tan ridícula como conmovedora. Zweig ciertamente se esforzaba por «mantener el mundo de la música puro y libre del guirigay de la política», como escribió otro amigo. Ese es uno de los motivos por los que decidió seguir colaborando con Richard Strauss, aun después de que Strauss hubiese sido nombrado presidente de la Reichsmusikkammer por Goebbels.

Sin embargo, el esfuerzo por mantener una división imposible entre las artes y los acontecimientos que provocaban titulares también le condenaron a contorsiones patéticas. Asistiendo al Festival de Salzburgo por última vez en 1935, ya exiliado de Austria, todavía describía la ciudad que había resultado tan permeable al nacionalsocialismo con generosidad y amor, celebrando su éxito a la hora de resolver «melodiosamente en piedra y mediante la atmósfera lo que suele estar cruelmente opuesto en la realidad». El secreto de su resolución de las disonancias, escribía Zweig, se lo había enseñado a Salzburgo la música. Y en «esos escasos días en que uno ve la reunión de cielo y paisaje», mientras los artistas más eminentes de la época interpretaban «las obras más sublimes, como *Fidelio*, *La flauta mágica* u *Orfeo y Eurídice*, en el corazón de un mundo hecho pedazos, en estos tiempos destrozados, uno se siente a veces abstraído hacia las esferas solemnes, uno experimenta ese estado de gracia únicamente producido cuando naturaleza y arte, arte y naturaleza intercambian un beso».

El sonido del alemán fluía de las habitaciones de hotel de Zweig, quizá lo suficientemente alto para provocar una cierta consternación, o al menos disgusto entre los demás residentes del Wyndham.

Los periódicos estaban llenos de señales de la inminente entrada de Estados Unidos en la guerra: prediccio-

nes de que se contrataría más de un millón de nuevos trabajadores de defensa en los meses siguientes; el respaldo por parte del presidente Roosevelt de una ley que permitiría la confiscación de cualquier propiedad privada que se considerase importante para la campaña de guerra; llamamientos a los «domingos sin gasolina» para ahorrar petróleo para el combate que se avecinaba. Dos días antes de la fiesta de Zweig, un congresista de Nueva Jersey volvió de un recorrido por la región y anunció que todos los fuertes en torno a Nueva York estaban infestados de espías, y «podían hacer naufragar todo el sistema de defensa de la zona de Nueva York».

La ciudad estaba expectante ante la lealtad de su población alemana, de casi un cuarto de millón de personas. Zweig no estuvo en Nueva York por los pelos dos años antes, cuando veintidós mil miembros del Bund germanoamericano, la organización nazi americana predominante, celebró un mitin el día de George Washington en el Madison Square Garden: el *Times* informó de que se vio «un mar de estandartes antijudíos y pronazis, los miembros del Bund uniformados y emblemas y banderas del Bund». Flushing Meadow había sido recientemente sede de unas maniobras de la milicia destinadas a preparar a los simpatizantes nazis para la hora en la cual la sangre fluyera por las calles de Estados Unidos. Se desenmascararon conspiraciones del Bund para colgar a algunos banqueros, empezando con Morgan, Loeb y Kuhn. Ciudadanos vigilantes aguzaban el oído cuando oían hablar en alemán, en busca de posibles saboteadores. El *Aufbau*, periódico principal en alemán de los refugiados, imprimió anuncios en enorme tipografía para sus lectores que querían americanizarse: «¡No hablen en alemán en calles y lugares públicos! ¡Si no saben todavía el inglés suficiente, hablen en voz baja!».

La discreción era la consigna en aquellos momentos. Y Zweig, que había estado en Inglaterra dos años antes,

cuando se declaró la guerra al Reich, era muy consciente de que el estatus de uno podía cambiar de la noche a la mañana de «refugiado» a «extranjero enemigo».

Pero por aquella noche al menos, Zweig podía olvidar su angustia. Navegaba entre los invitados con una calidez llena de simpatía. Lotte le ayudaba con destreza. Friederike se regodeaba al ver que su exmarido, que le había «pedido» que siguiera usando su apellido, no tenía reparo alguno en aparecer en público a su lado. Después de todo había estado casada con él casi dos décadas, mientras aquella frágil y retraída exsecretaria solo llevaba como mujer suya dos años. Zweig pudo volver a representar el papel de anfitrión consumado que tan conocido le había hecho en Austria. Allí iba de un grupo a otro «con paso ligero y fácil, con algo de bailarín, de Mercurio», escribía Charles Baudouin, el psicoanalista suizo-francés.

Baudouin estaba encantado con la manera que tenía Zweig de desplegar «todo su talento como intermedio». Los modales de Zweig eran casi felinos, «si esta palabra pudiera evocar solo un retrato de cierta elegancia de movimientos nativa sin ninguna implicación de crueldad o astucia». Por debajo de esa criatura inteligente, escribió Baudouin, «hay un ser de instinto y estilo, un gusto por la caza convertida y dirigida hacia la búsqueda de contactos humanos».

Subsiste un trozo de película bastante curioso de Stefan Zweig en una fiesta en un jardín en Salzburgo, en el verano de 1933, seis meses después de la elección de Hitler, medio año antes de que huyera al exilio permanente. Con su metro setenta y seis de altura, es más alto que la mayoría de los demás invitados. Tiene la cabeza grande, el pelo oscuro, corto y echado hacia atrás. Le brilla la frente. Tiene los ojos pequeños, negros y brillantes, la nariz aquilina, y lleva una chaqueta y una corbata de rayas chic y atrevida. Entre los dedos sostiene un cigarrillo con ligereza. La aparición de Zweig en la película dura apenas



unos segundos, pero su animación incesante, su sonrisa cálida y su gracia y agilidad son fascinantes. Va andando de aquí para allá, se inclina hacia las personas y se aparta, empieza a mirar a alguien a los ojos, se ríe, luego se aparta hacia otra mirada, en otra dirección, tiende la mano hacia un hombre, luego cambia el gesto abruptamente y recoge de nuevo la mano, rascándose la nuca; coge la mano a una mujer, se dobla ágilmente por la cintura para besarla y luego se endereza una vez más; gira la cabeza y suelta una risita hacia la cámara, y luego vuelve a la escena. Sus manos, ojos y oídos parecen atentos en todas las direcciones simultáneamente. Zweig parece la definición misma del animal social, como si, a través de todos sus sentidos, estuviese captando la impresión de los que le rodean de la forma que la arcilla, al calentarse, absorbe la huella de aquello que toca.

Más de una persona que conoció a Zweig hablaba de su «genio para la amistad». Klaus Mann escribió que no solo el hogar de Zweig en Salzburgo, sino «todas las habitaciones de hotel que ocupó, ya fuera por unos pocos días o por unas semanas, se convirtieron en centro de activida-

des literarias». Pero el don iba más allá de su carisma en grupo y abarcaba también la auténtica alegría de complacer a los demás. Romain Rolland declaró que para Zweig, la amistad era una especie de religión. Y en este sentido, Carl Zuckmayer contaba una anécdota diciendo que cuando era muy joven y tenía unos medios económicos muy limitados, su mujer y él se trasladaron a un pequeño pueblecito junto a Salzburgo. Zweig supo que el dramaturgo en ciernes vivía cerca de él y de inmediato le invitó a visitarle en el Kapuzinerberg. Introdujo diestramente a Zuckmayer en su «círculo de notables», una élite artística que de otro modo habría resultado inaccesible para él. Luego visitó a Zuckmayer en la vieja casa que había comprado. La casa tenía una estufa que no funcionaba, y cuando apareció Zweig, Zuckmayer y su mujer se lamentaron de que tendrían que cambiarla por una versión moderna. Zweig sonrió cuando la pareja le contó sus problemas. Les preguntó las dimensiones de su salón y desapareció. Al día siguiente apareció en casa de los Zuckmayer un camión que les llevaba una antigua estufa de baldosas de Salzburgo, de un color verde bosque y exquisitamente ornamentada.

«Encajaba a la perfección en el rincón donde tenía que ir», se maravillaba Zuckmayer. Le preguntó a Zweig dónde la había encontrado. «Estaba guardada con un montón de cosas viejas en un desván de mi casa», dijo Zweig displicente. Pero Zuckmayer sospechaba que Zweig en realidad había recorrido todo Salzburgo durante horas en busca de alguna estufa que encajase de forma ideal en la casa.

Hubo también incontables actos de generosidad mucho más importantes. Thomas Mann aseguraba que pocas personas, o ninguna, conocían realmente la extensión de la generosidad de Zweig. Describía una escena presenciada por un amigo suyo en una cena, a la cual Zweig había invitado a un hombre anciano y harapiento. En un

determinado momento, Zweig le pasó un billete de cien marcos por encima de la mesa.

—Es suyo —murmuró Zweig.

—No... ¿por qué? —respondió el hombre.

—Le digo que es para usted —replicó tranquilamente Zweig.

—Querido señor Zweig, le confieso que en realidad es muy bienvenido —respondió entonces el hombre.

—Exacto... eso es —dijo Zweig.

¿Cuántas veces debieron de repetirse escenas similares a lo largo de los años?, se preguntaba Mann.

Los invitados al Wyndham aquella velada de 1941 ciertamente vieron brillar la legendaria gracia y generosidad de Zweig. Él estaba en su elemento, envuelto en los demás y envolviéndolos con sus atenciones, él mismo como una especie de director de orquesta haciendo que la dispar asamblea de exiliados armonizara. Y la fiesta fue un éxito. Casi todo el mundo se quedó no solo a tomar un cóctel, sino hasta bien entrada la noche, como informó después Lotte. Sin embargo, no hubo ningún desenlace especial. La gente, cuando se fue, seguía sin saber por qué se la había invitado. Una carta a Manfred y Hanna revela que Zweig simplemente había decidido celebrar «una gran limpieza de primavera» a la cual había invitado a «un cóctel a todas aquellas personas a las que tenía que ver». Ya no le interesaba rodearse de personas para nutrirse, al parecer, sino para lavar un mar de obligaciones de una sola pasada de esponja... quedando libre y en un vacío perfecto.

Aquella misma primavera, Carl Zuckmayer fue a Manhattan a cenar con Zweig desde la granja que había alquilado en Vermont. Los viejos amigos pasaron un rato agradable comiendo en un pequeño restaurante francés. Durante un rato, escribió Zuckmayer, Zweig estuvo «como

de costumbre, vivaz, interesado, lleno de comprensión y de simpatía por los asuntos de otras personas, sus actos y sus planes».

Zuckmayer tenía muchas cosas que compartir. Y siempre fue, como recuerda Elías Canetti, un narrador vigoroso, «dramático, rebosando entusiasmo», su conversación más fascinante aún debido a su enorme cabeza, un modelo de la cual se convirtió en trofeo en la colección de bustos vieneses esculpidos por Anna Mahler, la ilustre hija de Gustav Mahler. Aquel verano, Zuckmayer estaba radiante por la renovadora experiencia de su comunión con la naturaleza en las tierras americanas. Había abandonado lo que él llamaba su «servidumbre» en Hollywood no mucho antes, declarando: «Nunca me había visto más envuelto en las nieblas de la depresión que en esta tierra de eterna primavera, en estos jardines bien regados, con sus piscinas llenas de cloro y sus castillos colgados en las laderas de los cañones, donde medra el placer de corta duración, mientras en lo más profundo se oculta un páramo sombrío y asesino».

Nueva York, mientras tanto, era imposible financieramente para él, y casi con cincuenta años ya, sentía que «rodeado de un idioma extranjero y una mentalidad ajena», no había esperanza del abrupto cambio de fortuna en el que había creído cuando era joven, en Berlín. Consideró que su trabajo preparando la granja, a la que él y su mujer se trasladarían aquel otoño, era su «salvación». Zuckmayer seguramente obsequió a Zweig, como hacía con casi todo el mundo, con el relato de lo emocionante que era irse a la cama cada noche tras clavetear las nuevas paredes de la antigua casa, reparar las cañerías y quitar piedras de la tierra, demasiado exhausto para pensar en las noticias. Oía los aullidos de un lince en un acantilado de granito cercano, y nadaba en una alberca impoluta que había construido el propietario de la finca hacía unos cincuenta años. «Backwoods» (El quinto pino), como se

llamaba su propiedad de alquiler en Vermont, le parecía a Zuckmayer la última oportunidad para él y su mujer de «forjarnos una nueva vida de trabajo libre y elegido por nosotros». Como otros muchos exiliados, sobre todo cineastas, había descubierto la fuente de una mitología americana inspiradora en el paisaje.

Pero sospecho que el éxtasis de Zuckmayer al relatar su vida bucólica no hizo más que renovar en Zweig su propia disociación de la naturaleza, y más aún que los parámetros existenciales de esa condición, su incapacidad física para proseguir el rumbo a lo Thoreau que prescribía Zuckmayer como única ruta de huida posible para el exilio americano. Porque Zweig desvió la conversación a la edad y el tiempo perdido, preguntándole a Zuckmayer si recordaba cómo celebró sus cincuenta años. Deseando evitar el follón habitual para una figura de su importancia, Zweig persuadió a Zuckmayer de que se escapara con él desde Salzburgo a un restaurante judío trasnochado en Múnich, donde los discretos camareros fingieron no reconocer a su famoso huésped, y los dos compartieron una cena en la que tomaron carpa azul, ganso en su jugo y brandy.

—¡Hace ya diez años! —se maravillaba Zweig—. Sesenta... —dijo, anticipando su próximo cumpleaños—. Creo que con eso basta.

Zuckmayer se echó a reír y dijo que la gente como él debería vivir hasta la edad de noventa años, o cien incluso, para ver cómo la vida volvía a la normalidad de nuevo. Desde que se conocieron, Zuckmayer se había sorprendido al ver el miedo que tenía Zweig a envejecer, que nunca había visto exhibido con tanta intensidad en nadie, «ni siquiera en una mujer». Supuso que aquello sería simplemente otro estallido más de esa ansiedad crónica suya. Pero se daba cuenta de que aquel tic que duraba desde hacía tanto tiempo se había convertido en una negrura mucho más envolvente.

Los ojos de Zweig se pusieron «increíblemente acongojados», escribió Zuckmayer, y observó que la vuelta a la normalidad nunca ocurriría. «Para nosotros no. El mundo que tanto amábamos ya ha pasado para siempre», escribió Zweig. «Lo que tenemos que decir no será comprendido... en ninguna lengua. Seremos unos parias en todos los países. No tenemos presente ni tendremos futuro.»

¿Cuándo empezó realmente la sensación de Zweig de vivir en el exilio? Un rasgo llamativo de esa imagen pasajera suya en la película es lo juvenil que parece. Zweig tenía 51 años en 1933, y a pesar de toda su cordialidad y sus hoyuelos ante la cámara, su estado mental ya había empeorado drásticamente. Poco antes del Festival de Salzburgo de aquel año informó a un amigo suyo de su decisión de cerrar su casa en el Kapuzinerberg para todo el invierno, o incluso más tiempo aún. «Mucho ha cambiado aquí, ay, y sobre todo, internamente», escribió, «mi alegría a la hora de mejorar mi casa, mi colección... ha desaparecido por completo, y pienso en simplificar mi vida y por tanto tener más movilidad, dejar mi tierra natal (aunque la presión para este hecho ciertamente no viene de dentro).»

Su emoción ante el festival que se avecinaba, en el cual iban a dirigir tanto su ídolo Richard Strauss como su amigo Bruno Walter, se veía mancillada por la imposición de Hitler de la «tarifa de los mil marcos». En un intento de crear problemas al gobierno austríaco pre-Anschluss saboteando el festival, que antes había estado dominado por artistas y público alemán, los nazis impusieron un impuesto monstruoso para cruzar la frontera, que impidió asistir a muchos aficionados y músicos.

Siguieron intromisiones más violentas aún. Si Zweig hubiera bajado paseando la colina en la cual estaba situada su casa, a la hora de la inauguración del festival, habría

visto dos formaciones negras de aviones alemanes que de repente aparecieron a plena vista, atravesando la cercana frontera alpina. Los aviones pasaban y pasaban sin parar, atronando el aire, y luego de golpe dejaron caer enormes cantidades de folletos de propaganda por encima de las calles medievales de Salzburgo. Los folletos instaban a los austríacos a traicionar a su gobierno y sacar todo el dinero de los bancos. «¡Hermanos, apretad los puños!» era el vocinglero titular en primera plana. Para aterrorizar al pueblo, los nazis simulaban también que había bombardeos, haciendo estallar petardos atados a postes telefónicos. Zweig no pudo dejar de sentirse mortificado. Casi cada noche, a lo largo de la frontera, los nazis arrojaban ladrillos a los guardias austríacos con la esperanza de provocar un incidente que diera una excusa a Hitler para la invasión. Algunas noches, juraba que se podía oír el rumor de los tanques alemanes.

La pose de Zweig en el festival, llena de encanto y afabilidad a pesar de todas esas provocaciones, reflejaba su entrenamiento en Viena, donde las ambigüedades de carácter constituían un motivo de orgullo. Era muy aficionado a la sentencia de Nietzsche que decía: «todo genio lleva una máscara», y tanto amigos como detractores, por un igual, lo habían visto siempre como una figura proteica. Klaus Mann veía esa naturaleza híbrida como algo típicamente austríaco. «Solo Viena producía ese estilo de conducta tan peculiar», escribía Mann. «La suavidad francesa con un asomo de reflexión alemana y un leve toque de excentricidad oriental.» En el *Bestiarium Literaricum*, un volumen satírico publicado en 1920, Zweig fue caricaturizado como «el Steffzweig», «un producto artificial creado para la ocasión por un congreso de poetas vieneses a partir de las plumas, piel, pelo, etc., de todos los animales europeos existentes».

Pero después de la elección de Hitler, los múltiples personajes que encarnaba Zweig empezaron a confundirse,

y él confesaba una incertidumbre creciente sobre dónde residía su yo integral. Había perdido su capacidad de concentrarse, se quejaba a los amigos. «Necesito contrapesos como la música, la gente, y es Roma o Londres lo que me atrae más, para no derivar hacia algún rincón lleno de exiliados», escribió al autor alemán Erich Ebermayer. Había que salir al mundo a buscar «un sustituto para lo que se había perdido en casa (porque el idioma alemán es mi casa, irrevocablemente)». Hacia el verano de 1933, Zweig había empezado a acariciar la idea de exiliarse de Austria. La quemada de libros y la prohibición de sus obras en Alemania habían empezado a empujarle hacia esta decisión. Él mismo dio el paso siguiente esfumándose aquel otoño para su primera estancia prolongada en Londres, probando así las aguas de la emigración en una ciudad donde la política parecía muy lejana.

Pero ocho años después, ya sumido en el exilio, seguía sin encontrar un paliativo para todo lo que había perdido. A veces, en Nueva York, parecía probar distintos papeles posibles para sí mismo, como otros tantos disfraces. ¿Podía recuperar quizá su papel como embajador transnacional del humanismo? La fiesta en el hotel no fue el primer acontecimiento social importante de Zweig aquella temporada, después de todo. En mayo había tomado parte en dos actos importantes para recaudar fondos a favor de sus compañeros refugiados. Al mismo tiempo, escribía constantemente a sus amigos hablando de su existencia monacal en el Nuevo Mundo, en el cual no veía a nadie y además (¡impensable renuncia!) ya no asistía tampoco a conciertos ni al teatro.

¿Y si se iba a Los Ángeles y se convertía en una superestrella al estilo americano? El propio Hollywood dio algunos pasos hacia Zweig. A finales de 1933, un grupo de productores le hicieron lo que él mismo calificaba como «una oferta bastante fantástica financieramente» para que volara a California y trabajase con ellos diez semanas, y sus ami-

gos le confirmaron que el estudio triplicaría aquella suma para asegurar su presencia. A la primavera siguiente, Ben Huebsch tuvo una reunión con los tres ejecutivos principales de la Warner Brothers («personas cultas, que saben quién eres»), e informó a Zweig de que «confían en que, si vinieras aquí, aparentemente para dar una conferencia, y como resultado de tu presencia, con entrevistas y la publicidad habitual para un extranjero distinguido, recibirías ofertas de primera clase de las diversas compañías cinematográficas». Para un autor joven alemán que le conoció a mediados de los años treinta, Zweig parecía el típico estereotipo cinéfilo de escritor famoso: «Mundano, elegante, cuidado, con una leve melancolía en su mirada oscura... un castillo en Salzburgo y una secretaria como una dama».

Las posibilidades que se abrían a su alrededor sugerían un renacer inquietante de un juego al que Zweig ya jugó en su primer viaje a Nueva York, tres décadas antes. En aquella ocasión, tras unos pocos días vagando por la ciudad como paseante solitario, en una época en la que Manhattan tenía menos galerías, bibliotecas y museos, Zweig decidió «jugar» al emigrante. Fingió ser uno de los nuevos americanos que acababan de llegar a Nueva York, solo con siete dólares en el bolsillo y sin relaciones ni amigos.

Visitó diversas oficinas de empleo y consultó los tablones de anuncio de trabajos. Al cabo de dos días había encontrado cinco posibles puestos. Tres décadas más tarde, a pesar de sus relaciones, amigos y dinero, descubrió que en realidad se había convertido en uno más de la horda de exiliados, algo para lo cual (a pesar de los distintos caminos que teóricamente se abrían ante él) no tenía auténtica vocación.

Una y otra vez, la vida de Zweig invertía el orden del famoso comentario de Marx sobre la historia que se repite, la primera vez como tragedia, la segunda como farsa. En el caso de Zweig fue farsa al principio y tragedia la segunda vez.